Patología del lenguaje médico

Profesor Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO

Catedrático de Historia de la Medicina en la Facultad de Medicina de MADRID.

Para Angel Alvarez de Miranda, amigo de las palabras y de los médicos.

LLAMAN los norteamericanos *sixty four dollars words*, «palabras de sesenta y cuatro dólares», a aquellas que en los concursos de la radiodifusión sólo son conocidas por una reducidísima minoría de los participantes. Así, el premio, cuya cuantía, a partir de un dólar, va doblándose de pregunta en pregunta, llega con rapidez a la exorbitante cifra indicada. *Sexquipedalia verba*, solían decir, con zumba latinizante, los viejos humanistas.

Pero vengamos a España y a la Medicina. Abro al azar una revista médica reciente, y a lo largo de muy pocos párrafos encuentro las siguientes palabras: aterógeno, fosfolípido, lipotrópico, lipidosis, reticulosis, micronodulia, neumólogo, sarcoidosis, estrógeno, gonadotropina, nefrocalcinosis, betatireotropo, protrombinemia, mastocitosis, heparinocito... La cosecha podría ser rápidamente incrementada. ¿Habremos de concluir, según esto, que el lenguaje médico de nuestro siglo es ya un conjunto inmenso y más o menos sistemático de *sixty four dollars words*, un vastísimo acopio de vocablos sólo accesibles a círculos muy restringidos, harto más estrechos, sin duda, que el formado por todos los hombres que ejercen la Medicina? Y este hecho, tan patente, tan innegable, ¿debe ser para los médicos motivo de orgullo o de sonrojo? Esa desmesurada abundancia de términos técnicos recién fabricados, ¿es indicio de lozanía vital o señal de gigantismo patológico? Declararlo, siquiera sea provisionalmente, constituye el objeto de este breve artículo.

Entrando sin más dilaciones *in medias res*, diré que, en principio, el hecho señalado puede y debe ser causa de legítimo orgullo. La abundancia de neologismos es el mejor índice de la vitalidad de una ciencia. Cuando un saber crece y se renueva, por necesidad ha de ampliar y remozar el léxico en que se expresa. Sin la invención de nombres nuevos, las novedades serían pronto olvidadas. «Toda concepción sin nombre propio, aun cuando la hayamos formulado muy claramente en nuestro espíritu—ha escrito WRIGHT, comentando la introducción de la palabra «anafilaxia»—, escapa a nuestro pensamiento y se pierde. Así, para cada concepción que posea alguna utilidad se debe formular un nuevo término técnico. Tal palabra será especialmente necesaria para inculcar la concepción a otras personas: el nuevo término técnico viene a ser el misionero de la idea» (1).

(1) Citado por DOERR en *Anafilaxia* (traducción española, Madrid, 1954), pág. 3.

El problema consiste, claro está, en que el neologismo sea correcto y necesario, lo cual acaecerá cuando su invención no haya incurrido en uno de estos cuatro vicios: el pleonasmo, la incorrección, la confusión y la fealdad. Cométese vicio de pleonasmo cuando en el idioma existía ya otra palabra para decir aquello que el neologismo nombra. Pécase por incorrección cuando la construcción del nuevo vocablo quebranta los buenos modos del lenguaje a que se intenta incorporarle. Prodúcese confusión cuando el término inventado no nombra clara y precisamente la realidad a que se refiere. Cáese, en fin, en delito de lesa belleza cuando la voz recién nacida atenta contra la eufonía.

El actual lenguaje médico ¿se halla exento de estas lacras? Forzoso es reconocer que no, y admitir con humildad que junto al antes proclamado orgullo debe tener algún puesto el sonrojo. *Medice, cura te ipsum*, dice una de las más antiguas ironías acerca del oficio de curar. ¿Por qué no tomarla en serio esta vez? ¿Por qué no someter a diagnóstico riguroso los diversos padecimientos específicos de nuestra expresión verbal, como previo expediente de una posible enmienda? Poco puede perderse con intentarlo.

Mi diagnóstico va a ser a la vez filológico y patológico. Utilizando como mero recurso expositivo la ya caduca tesis romántica del lenguaje como organismo, procuraré clasificar «médicamente» los vicios más frecuentes y aparentes del lenguaje médico, ordenándolos con arreglo a los esquemas habituales de la nosotaxia. Distinguiré, en consecuencia, los desórdenes genéticos, las infecciones e intoxicaciones y las afecciones traumáticas—traumas en sentido estricto y cuerpos extraños—del habla que hoy solemos usar en España los hijos de Esculapio.

I. DESÓRDENES GENÉTICOS.

Toda palabra, como toda forma anatómica viviente, es el término ocasional y transitorio de un proceso genético más o menos rápido. Los vocablos nacen, se configuran sucesivamente y mueren por desuso. ¿Qué lector sensible no ha experimentado en su alma una sutil y entrañable melancolía contemplando en el diccionario las palabras señaladas con la notación *ant.*, voces un día vivas y lozanas, y hoy convertidas en silenciosos cadáveres verbales? Atengámonos a nuestro tema, y preguntémonos si algún médico emplea hoy los términos «opilación»,

«synanche», «electuario», «decocto», «socrocio» o «epítima». Sólo el lenguaje popular ha conservado alguno de ellos, y a veces con muy curiosas deformaciones fonéticas y semánticas. Así, los carteles teatrales han llamado «desopilantes» a las piezas muy cómicas, y todos solemos decir «pítima» a la borrachera. El genérico *epíthema* de Hipócrates, Areteo y Dioscórides (apósito o emplasto), feminizado y especificado como emplasto cordial («epítima») para el tratamiento de la embriaguez intensa, ha venido al fin a nombrar la afección contra que se usaba.

Las palabras nacen, inventadas por alguien, y se configuran por el uso. No puede extrañar que este proceso genético viole a veces las reglas del idioma y sea defectuoso, patológico, bien en orden a la forma del vocablo—audible en el lenguaje oral, visible en el lenguaje escrito—, bien en su función semántica o significativa. Estudiemos, pues, estos dos modos del desorden genético.

A) *Desórdenes genéticos de la forma visible.*—Como hay una teratología de los cuerpos vivientes, hay también una teratología verbal; como hay órganos y miembros afectos de malformación, hay también palabras deformes; y como las malformaciones orgánicas son objeto de clasificación—mi profesor de Anatomía patológica nos enseñaba, si no recuerdo mal, la de GEOFFROY SAINT-HILAIRE—, también las deformidades verbales pueden ser clasificadas. Sin el menor propósito dogmático, distinguiré las transmutaciones de sexo—del género, dirían los gramáticos—,los vicios prosódicos, los vicios desinenciales, los vicios literales, las cacofonías y los cultibarbarismos.

1.º Nada más frecuente que asistir a las más violentas y caprichosas *transmutaciones del sexo* cuando uno oye o lee con atención el lenguaje actual de los médicos. Palabras inequívocamente masculinas son feminizadas sin compasión; palabras medularmente femeninas son masculinizadas sin escrúpulo. He aquí unos cuantos ejemplos:

a) «El» ACTH. El anagrama ACTH designa, como todos saben, la hormona córticotropa de la hipófisis. ¿Por qué, entonces, se le masculiniza? En este caso no existe la razón por la cual puede decirse tanto «el» (cuerpo) tiroides como «la» (glándula) tiroides. Digamos, pues, «la» ACTH, como decimos «las» hormonas hipofisarias, «la» adrenalina... y «la» hache.

b) «El» sístole. Ni la etiomolgía (*systolê*, «contracción», es sustantivo femenino en griego), ni el buen castellano («la sístole», enseña a decir el diccionario de la Academia), autorizan a cometer ese dislate, tan frecuente hoy. Dejemos, por Venus, que el corazón humano tenga femeninos sus movimientos principales: «la» sístole y «la» diástole.

c) «El» dermis. ¿Por qué? Digamos, sí, «el cutis», aun cuando el diccionario, fiel al uso y al latín materno, donde *cutis* es palabra femenina, también nos consienta decir «la cutis»; pero sepamos respetar la delicada condición femenil de «la dermis», como lo hacemos diciendo «la epidermis». Aunque tantas veces sea ésta áspera y verrucosa.

d) Un traductor reciente no se para en barras, y feminiza el masculino enema, convirtiéndolo en «la enema». Pase que «el apostema» se haya trocado en «la postema» al vulgarizarse; pero mientras digamos «el edema», «el teorema», «el tema» y «el dilema»—vertiendo al género masculino, como es costumbre, el género neutro de los respectivos vocablos griegos—, dejemos varón al viejísimo y socorrido enema, tanto en su acepción exonerativa (la derivada de *tò ênema*) como en su acepción vulneraria y hemática (la procedente de *tò énaimon*).

2.º Vicios y problemas *prosódicos*. He aquí algunos ejemplos:

a) La conversión en palabra esdrújula—«líbido»—de la «libido» freudiana. ¿Por qué este empeño? Acaso la «libido» tiene algo que ver con la «lividez» o el «amoratamiento», como el adjetivo «lívido»? Ya que no decimos «libídine», como hubiera sido castellanamente deseable, tomemos como él es el nominativo latino que introdujo FREUD en el vocabulario psicológico, y digamos «libido», de modo más grave y certero.

b) ¿Cómo llamar a la detención o al estancamiento de la sangre en una región del organismo? ¿«Extasis» sanguíneo, con el acento tónico en la primera sílaba? Aunque el diccionario de la Academia lo autorice no creo que tal uso sea enteramente correcto, porque *ékstasis*, en griego, no significa «detención», sino «desplazamiento» o «salida de sí», y tal es el sentido del «éxtasis» místico. La acción de detenerse y el resultado de ella se dice en griego *stásis: stásis ommátôn*, llama HIPÓCRATES a la mirada fija. Si queremos ser fieles a la etimología y al buen sentido, diremos, pues, la «estasis sanguínea» y la «estasis biliar», en femenino y con el acento tónico en la segunda sílaba, y no convertiremos en arrobados o extáticos, sin su permiso, a los enfermos del corazón o del colecisto.

c) ¿Cómo pronunciaremos el nombre técnico del mal comicial: «epilepsía», con la mayoría de los neurólogos y psiquíatras, o «epilepsia», con el pueblo y el diccionario de la Academia? Con otras palabras: ¿seremos helenizantes, y acentuaremos la «i», o latinizantes, y pondremos el acento en la «e»? Puesto que la Academia enseña a decir «neumonía» y «pulmonía», no parece improcedente seguir el modo griego. Convendría, no obstante, que todos nos pusiésemos de acuerdo en cuanto a la colocación de ese acento.

d) Los neurólogos suelen decir «diasquísis» cuando castellanizan este neologismo de VON MONAKOW; los teratólogos, por su parte, llaman «raquisquísis» a cierta malformación del raquis. Con ello siguen la tendencia fonética de una gran parte de nuestro pueblo, tantas veces enemigo de los términos esdrújulos. Pero, ¿no sería más correcto y más respetuoso con el origen de esas palabras decir «diásquisis» y «raquísquisis»?

3.º Vicios y problemas *desinenciales*. Hay palabras que empiezan bien y acaban mal; hay otras que en su cola llevan su problema. Mencionaré unas cuantas:

a) Más de una vez he oído y leído el adjetivo «cicatricial». ¿Por qué ese empeño? ¿Acaso el diccionario no enseña a decir «cicatrizal»?

b) Hállase en uso los adjetivos «neurósico», «nefrósico» y otros parecidos, cuando sería mucho más conforme con la etimología y con la tradición castellana decir «neurótico» y «nefrótico». Lo tradicional y lo etimológico es, en efecto, que la desinencia adjetivadora de los sustantivos en «sis»—neurosis, nefrosis, necrosis, anamnesis, cariolisis, etcétera—sea «tico-tica»; y esto en griego y en castellano. *Mimêsis* da *mimêtikós* en griego y «mimético» en castellano: *poiêsis*, *poiêtikós* y «poético»; *émphasis*, *emphatikós* y «enfático»; *synthesis*, *synthetikós* y «sintético». A ningún español se le ocurriría decir «mimésico», «poésico», «enfásico» y «sintésico». Si queremos ser consecuentes, diremos, pues, «neurótico», «nefrótico», «necrótico», «anamnético» y «cariolítico» y no «neurósico», «nefrósico», etc. Nada más fácil.

c) Para designar la condición de las afecciones que siguen un curso evolutivo, ¿qué adjetivo emplearemos: «procesal» o «procesual»? Los juristas hablan del Derecho «procesal» desde hace siglos; los psiquíatras, en cambio, llaman germánicamente esquizofrenias «procesuales» a las que todavía no son «defecto» invariable. ¿Concluiremos, en tal caso, que yerran los innovadores y germanizados galenos? No lo creo. Los adjetivos procedentes de los sustantivos de la cuarta declinación latina (con su genitivo en *-us*), suelen adoptar la terminación «ual»: de *usus* se deriva «usual»; de *manus*, «manual»; de *gradus*, «gradual»; de *conceptus*, «conceptual». Parece correcto, por tanto, decir «procesual», puesto que *processus* sigue la cuarta declinación. Por una vez, la moda ha sido más tradicional que la costumbre.

d) Suelen usarse indistintamente palabras como «hemático» y «hematológico», «psíquico» y «psicológico», «social» y «sociológico», etc. ¿Es esto admisible? En modo alguno. Quien eso hace confunde inconsciente u orgullosamente—como HEGEL, para el que todo lo real sería racional—el orden óntico con el orden lógico, la realidad en sí misma y nuestro saber científico acerca de ella. Los términos «morboso» o «pático», «físico», «social», «psíquico», «terrestre», «cordial» o «cardíaco», «óseo», etc., se refieren, respectivamente, a la realidad de la enfermedad, la naturaleza, la sociedad, el alma, la tierra, el corazón y el hueso, tal como ella es en sí misma; o, si se quiere, tal como se nos ofrece en una relación no científica. En cambio, los adjetivos «patológico», «fisiológico» (en el sentido antiguo del vocablo), «sociológico», «psicológico» «geológico», «cardiológico» y «osteológico» aluden a nuestro saber científico acerca de las respectivas realidades; saber que, por desgracia—o acaso por suerte—, no coincidirá nunca con todo lo que ellas son. Una alteración de la sangre no clasificada por nosotros será «hemática», no «hematológica». La familia, en cambio, es una realidad a la vez «social» y «sociológica», social en cuanto existe en la realidad de la vida humana, sociológica en cuanto figura en nuestras descripciones científicas de esa realidad. Hay que ser humildes: no todo lo real es lógico.

e) Quien cultiva la Anatomía, ¿qué es? ¿Es «anatómico» o «anatomista»? El diccionario de la Academia autoriza lo primero, pero prefiere lo segundo. Verdad es que decimos «lógico», no «logista» o «logicista», a quien cultiva la lógica, y «técnico», no «tecnista» o tecnicista», a quien posee una técnica, sin distinguir entre el sustantivo y el adjetivo, como hacen los franceses *(technique* y *technicien, logique* y *logicien)* y los alemanes *(technisch* y *Techniker, logisch* y *Logiker);* cierto es también que al clásico «botanista»—todavía llamado así por el diccionario de la Academia—lo hemos convertido irremisiblemente en «botánico». Bueno será, no obstante, no seguir empobreciendo el idioma y la inteligencia con esa creciente confusión de adjetivos y sustantivos.

f) Muchos se plantean como problema si dirán «psiquis», con el diccionario y la tradición, o «psique», a la teutomoderna o galomoderna, para nombrar científicamente el alma. Creo, por mi parte, que también esta vez es fiel el neologismo al genio del idioma; el cual, cuando vulgariza los cultismos tiende a convertir en «e» la terminación griega o latina «is». «Frasis», cultismo en el siglo XVII, ha dado «frase»; «vermis», «verme»; «basis», «base», «penis», «pene». Aceptemos, pues, sin escrúpulo esta «psique», que resulta ser a la vez tan castiza y tan europea. Con ello no haremos otra cosa que apresurar una transformación histórica.

4.º Vicios *literales*. Llamo así a los defectos genéticos relativos a una o a varias de las letras que componen la palabra. A título de ejemplo mencionaré tres:

a) Una costumbre que por su extensión parece irreversible induce al empleo de las palabras «glucosa», «glucógeno» y «glucemia», cuando sería mucho más castellano—y, por añadidura, mucho más internacional—decir «glicosa», «glicógeno» y «glicemia». Todos estos términos proceden, como es sabido, del adjetivo griego *glykys*, «dulce». Pues bien: acontece que la ípsilon se hace «y» en latín y en todas las lenguas modernas, y que esa «y» pronto se convierte en «i» entre nosotros, tan poco respetuosos, por lo general, con la antigüedad, en lo que a letras atañe. En consecuencia, decimos «hidátide» y no «hudátide» (de *hydatis*), «hipótesis» y no «hupótesis» (de *hypóthesis*), «liceo» y no «luceo» (de *lykaion*), y «licantropía», «Licurgo», «sínfisis», «higiene», «hipogloso»... Se dice, en fin, «glicerina», no «glucerina». La «u» de «glucosa», en tan rudo contraste con la «y» y la «i» de los restantes idiomas europeos, es un correlato lingüístico del ancho de vía de nuestros ferrocarriles.

b) Por la misma razón tradicional—la kappa griega se hace «ce» suave al castellanizarse ante «e», «i» o «y»—, no debe decirse «aquinesia» ni «disquinesia», sino «acinesia» y «discinesia», palabras derivadas de *kínesis*, «movimiento». Como decimos «cinemática», «cínico», «cefálico», «ciclo», «Cefiso» y «Cilicia».

c) A un distinguido morfólogo oí decir «chiridia» para designar técnicamente el esbozo embrionario—y embriológico: recuérdese lo antes dicho—de la mano. Tal palabra deriva, como es obvio, del griego *jeír* o *kheír*, «mano». Pero es el caso que la ji ante «e», «i» o «y» suele hacerse en castellano «qu», como de modo bien patente demuestran «quiromancia», «quirurgo», «Queronea», «Quirón», «quelonio», «psiquico» y «quimo». Lo correcto, por tanto, es decir «quiridia», y no «chiridia».

5.º En cuanto a las *cacofonías*, un botón de muestra. El sustantivo francés *relentissement* es muchas veces traducido por «enlentecimiento», con notorio daño de la eufonía. ¿Por qué no decir «lentificación»? Tanto más, cuanto que «lentecer» en castellano castizo, vale tanto como «reblandecerse».

6.º Con el nombre de *cultibarbarismos* me refiero a los barbarismos de los escritores que pretenden —o pretendemos—ser culteranos sin cultura filológica suficiente. En la escalera de un importante edificio público de Madrid se leía hasta hace poco sobre el mármol de una lápida conmemorativa—y tal vez siga leyéndose ahora—la inscripción *In memorian* (por *In memoriam*), y no son pocos los que escriben *strictu sensu* (por *stricto sensu*). He aquí dos ejemplos médicos procedentes de mi experiencia personal:

a) Un publicista escribe más de una vez «el *tubuli contortis*», para designar los «tubos contorneados» del riñón, sin advertir que *tubuli* es el plural de *tubulus*. La opción recaerá, pues, entre «los *tubuli contortis*» y «el *tubulus contortus*».

b) Un distinguido clínico hablaba en un artículo gastropatológico del *ulcus sine ulcus*. Había olvidado que la preposición latina *sine* rige ablativo, y que el sustantivo *ulcus, -eris*, es un neutro de la tercera declinación. *Ulcus sine ulcere* hubiera sido lo correcto.

B) *Desórdenes genéticos de la función.*—Hay palabras usadas muy correctamente en cuanto a la forma y muy incorrectamente en cuanto a su función significativa. Pero el vicio semántico puede haber surgido en el proceso de formación del vocablo

o después de que éste ha llegado a su figura definitiva. Estudiemos separadamente estos dos casos.

1.º Desde su invención, la palabra lleva en sí misma un error o una incorrección de carácter significativo:

a) La voz «asfixia» suele ser hoy empleada para designar la sofocación. Sería enteramente vano pretender otra cosa. Mas no por ello debe olvidarse que llamando «asfixia» a la sofocación se comete un error semántico, porque «asfixia» viene de *a*, partícula privativa y *sphyzô*, «palpitar» (de donde *sphygmós*, «pulso»). Significa, por consiguiente, «asfigmia», pérdida del pulso.

b) Algunos usan todavía el término «necrobiosis», sin advertir lo que ya señaló LETAMENDI: que esa palabra encierra en su seno una *contradictio in terminis*. O «necrosis», o «biosis», en modo alguno mortificación y vitalización a la vez.

c) Pongamos juntas estas dos palabras: «psicógeno», lo producido o engendrado por la psique, y «cancerígeno», lo que es capaz de producir o engendrar cánceres. El sufijo «geno» designa en uno y otro caso acciones directamente opuestas: ser engendrado y engendrar. Como «psicógeno», «iatrógeno» (lo engendrado por el médico), «endógeno» (lo engendrado desde dentro), etc. Como «cancerígeno», «litógeno» (lo engendrador de piedras), «halógeno» (lo engendrador de sales), «termógeno», «electrógeno», etc. ¿No hay en ello un desorden semántico?

Los griegos solían emplear la terminación *genês* para significar el aspecto pasivo del proceso genético: «engendrado por» o «nacido de»: *theogenês* es el «nacido de un dios»; *allogenês*, el «nacido de otra raza»; *endogenês*, el «nacido en la casa» o «nacido dentro»; *Hermogenês*, el «nacido de Hermes». El aspecto activo de ese proceso—productor de—queda expresado, en cambio, por la terminación *gónos: androgónos* es el que engendra varones; *kosmogónos*, el que produce mundos; *polygonos*, el prolífico; *ágonos*, el estéril. Pero, a la vez, *theógonos* no es el que engendra dioses, sino el nacido de un dios (como *theogenês*), y *ágonos* no es sólo el que no engendra, el infecundo, mas también el no nacido, el no engendrado.

¿Qué decidir entonces? Como ya no es posible conseguir que las gentes hablen de grupos «electrógonos» o «electrogónicos» ni de elementos «halógonos» o «halogónicos», tal vez lo procedente fuera mantener inconmovible la vigencia de las palabras «termógeno», «halógeno», «litógeno» y «cancerígeno» («geno»: engendrador de), y apelar a la terminación «génico» para la formación de palabras en que se quiera expresar el aspecto pasivo y resultativo de la génesis. Propongo, en suma, decir síntomas «psicogénicos» y no «psicógenos», enfermedades «iatrogénicas» y no «iatrógenas», tuberculosis pulmonar «hematogénica» y no «hematógena». Después de todo, *genikós*, en griego—«genitivo»—, es lo que genéricamente concierne a la acción de engendrar. ¡Pero, por Dios y por Zeus, no caigamos en el inútil dislate de llamar «vía aerógena» a la «vía aérea» de la infección tuberculosa, como cierto tisiólogo cuyo nombre he olvidado!

2.º En otras ocasiones, el vicio semántico es posterior a la formación de la palabra, cuya verdadera significación se ignora o se menosprecia

a) ¿Cuántos no son, por ejemplo, los que dicen «álgido» por decir «crítico», olvidando que «álgido» es «helado» y algidez «frialdad glacial»? Cuando los viejos nosógrafos hablaban del «período álgido» del cólera, aludían, muy correctamente, al de máxima hipotermia. ¿Qué pensarían oyendo referir esa expresión a los días de hipertermia suma? Quedaríanse, sin duda, álgidos; esto es, helados.

b) La confusión entre «caliginoso», oscuro (de *caligo*, la tiniebla), y «caluroso» va siendo general. Lo cierto es que hay bodegas caliginosas y fresquísimas y que las solanas veraniegas son todo menos caliginosas.

c) Entre los psiquíatras es general costumbre llamar «obsesivos» a los enfermos de neurosis obsesiva y «depresivos» a los afectos de psicosis maníaco-depresiva en fase de depresión. Yo mismo he caído más de una vez en ese vicio semántico. ¿Acaso no lo es? En el primer caso, el enfermo es o está «obseso», y no es «obsesivo» más que para los que por él se desviven; en el segundo, es o está «deprimido», y sólo será «depresivo», el pobre, para los desalmados que se avergüencen de tenerlo junto a sí. Un académico sugirió hace varios lustros la solución de llamar «obsediado»—por homología con «asediado»—al sujeto afecto de obsesión; pero tan sensata propuesta no parece haber encontrado acogida suficiente.

d) En este apartado habría que incluir las frecuentes imprecisiones semánticas que se cometen con el uso de las palabras «somático», «físico», «psíquico», «orgánico» y «funcional»; pero el tema es demasiado amplio y fundamental para tratado en forma volandera. Quede aquí no más que apuntado (1).

II.—INFECCIONES E INTOXICACIONES.

La penetración de una palabra extranjera en el cuerpo del idioma es equiparable al ingreso de un germen o de una sustancia extraña en el seno del organismo vivo. Hay ocasiones en que aquélla es incorporada por el huésped sin trastorno visible de su salud; recuérdese como ejemplo la fácil acomodación de la palabra inglesa *club*—hoy ya reconocida por el Diccionario de la Academia—en el seno de nuestra lengua. Hay casos en que la expresión foránea, después de una permanencia más o menos fácil o acantonada en los entresijos del idioma invadido, desaparece de él sin dejar rastro; a fines del siglo XIX y a comienzos de éste, nuestros periódicos hablaban con alguna frecuencia de la *high-life*; poco más tarde, tal palabra desapareció de sus páginas. Mas también puede acontecer, y ésta es la tercera posibilidad, que la presencia del vocablo extranjero determine reacciones diversas en las gentes que comienzan a emplearlo—la protesta irritada, el conato de traducción, la tentativa de digestión fonética y ortográfica—, hasta que la voz intrusa, más o menos modificada, adquiere al fin su nueva carta de naturaleza. Ilustraré esta última posibilidad con unos cuantos ejemplos, procedentes del lenguaje médico.

A) Asimilación definitiva de palabras extranjeras más o menos castellanamente «digeridas». No son pocas, tanto en el habla popular como en el léxico de las ciencias y las técnicas; piénsese en las voces «edecán» «petimetre», «feldespato», «fútbol» y en tantas más. He aquí tres ejemplos de índole médica:

a) «Tisular», como adjetivo derivado de «tejido». A su hora pudo haberse dicho «textil» o «hístico»; pero no se hizo, y el galicismo se ha impuesto en absoluto, aunque el diccionario de la Academia no lo haya recogido hasta la fecha.

(1) Por lo que hace a los tres primeros de esos cinco términos, véase la breve nota que aparece en la página 116 de mi *Introducción histórica al estudio de la patología psicosomática* (Madrid. Edit. Paz Montalvo, 1950).

b) «Banal», por «trivial», «leve» o «cotidiano». Tampoco este adjetivo ha recibido su espaldarazo académico. Sin embargo, es usado con frecuencia y sin empacho por gran número de médicos españoles.

c) «Gatismo». Tampoco está en el diccionario oficial. Pí y Molist—creo que fué él—propuso sustituir ese término por el pedantesco neologismo helenizante «cliniquesia» (de *klinê*, «lecho», y *khezô*, «defecar»), sin éxito favorable. Por fortuna para los que usan el idioma, el progreso de la asistencia médica y hospitalaria va haciendo innecesaria la palabra.

B) Permanencia lesiva del vocablo extranjero —más o menos modificado fonética y ortográficamente—entre los grupos sociales menos conocedores del idioma que hablan. No son pocos, por desdicha, los ejemplos que acuden a la punta de la pluma:

a) «Reservorio», por «depósito» (corrupción del *reservoire* francés, nada infrecuente en nuestros tratados y revistas).

b) «Coqueluche», por «tos ferina». Casares, fiel y cuidadoso observador de lo que se usa, ha recogido esa palabra en su *Diccionario ideológico*. La Academia no se ha decidido todavía a aceptarla.

c) «Gotiera», por «férula», unas veces, y por «canal», otras. Nada justifica esta castellanización de la *gouttière* francesa.

d) En época reciente han aparecido «deceso», por «defunción» (a través de Hispanoamérica, sin duda), y «usura», por «desgaste». Aquél, aunque innecesario, posee estructura latina y castellana; esta otra, también innecesaria, se presta a grave confusión.

e) Los innumerables términos técnicos acabados en «aje» o «age»: «clivage», por «declive» o «deslizamiento»; «plombage», por «relleno», «henchimiento» o «embutido»; «drenaje», por «saneamiento» o «desagüe»; «despistaje», por «advertimiento», «hallazgo», «descubrimiento» o «detección»; «triaje», por «selección», «tamizado» o «criba»; «vaciaje», por «evacuación»; «cornage» o «tirage», por «tiro laríngeo» o «huélfago». Cuenta ENRÍQUEZ DE SALAMANCA que cuando su maestro SIMONENA oía a un alumno decir «cornage», replicaba al punto: «No diga cornage, porque se me eriza el cabellaje.» Casi todos los vocablos en «age» producen en mí esa espeluznada reacción.

f) ¿Cómo no citar el gracioso dislate que FERNÁNDEZ GALIANO contó con ocasión de su ingreso en la Real Academia Española? El traductor de un tratado de Zoología usaba, a modo de término taxonómico generalmente admitido, la palabra «sorianos». ¡Las nobles gentes de Soria se veían así confundidas con los *sauriens* de la zoología francesa, esto es, con los «saurios»! Por menos ardió la guerra en Numancia.

III.—TRAUMATISMOS Y CUERPOS EXTRAÑOS.

Hay modos de decir—de mal decir—que atentan contra el buen orden del idioma como brutales *traumatismos*: son, por lo general, pedradas contra la buena sintaxis. Ahí está, invasora, la expresión «enfermedades a virus». ¿Cuándo la preposición «a» ha tenido sentido causal en castellano? ¿Qué molestia laríngea impide a nadie decir «enfermedades por virus»? Refugiados en el viejo latín, diremos, sí, «neumonía *a frigore*», pero nunca se nos ocurrirá hablar de una «neumonía a frío», ni jamás entenderemos que en un «viaje a caballo» es el caballo el agente causal.

Hay, en fin, palabras extranjeras que perduran inmodificadas, como *cuerpos extraños*, en los senos del idioma habitual. Son como un reto a la dignidad intelectual y lingüística del hispano-hablante. ¿Acaso no pueden ser decorosa y eficazmente traducidas? «En mi diccionario no existe la palabra *intraducible*», decía con gallardía hispánica MARIANO DE CAVIA. Sin entrar ahora en el arduo problema que esa frase plantea (1), es indudable que un pequeño esfuerzo evitaría en muchos casos el baldón de expresar en idioma ajeno lo que no sabe decirse en el propio. Mencionaré algunos:

a) «Stress». ¿Por qué no decir «sobresfuerzo» o «sobrealarma»? Según el diccionario, esfuerzo es «empleo enérgico del vigor o la actividad del ánimo para conseguir una cosa venciendo dificultades». Lo que de ningún modo puede aceptarse es llamar «sufrimiento» al *stress* de SELYE, como ha hecho un traductor reciente.

b) «Bahnung». El aligeramiento de la acción refleja fué descrito y bautizado con el nombre de *Bahnung* por S. EXNER, en 1881. En castellano puede ser llamado «facilitación»; o mejor—siguiendo el uso italiano—«aviamiento». «Aviar» es «avivar o apresurar la ejecución de lo que se está haciendo».

c) «Gestalt». ¿Por qué no verter este difundido término psicológico mediante «configuración» o «figura», sustantivos de los que podrían derivarse, para suplir al feo «gestáltico», los adjetivos «configural» o «figural»?

d) «Anlage». Este vocablo embriológico—cuyo empleo es hoy casi universal—puede ser correctamente sustituído en castellano por la expresión «territorio germinal».

e) «Tampón», «surmenage», «carrefour». ¿Qué es lo que impide al médico reemplazar esas palabras por «amortiguador», «sobrefatiga» o «agotamiento» y «encrucijada»?

Pero basta ya. Cada lector podrá aumentar por su cuenta la cosecha.

CONCLUSIÓN

Enseñaron HIPÓCRATES y GALENO que, en principio, todo lo que no es veneno es alimento. «Lo que no mata, engorda», suele decir nuestro pueblo, más ruda y radicalmente. Tal parece ser la norma que preside el crecimiento de un idioma. Pero, por Dios, procuremos los médicos que el engorde de nuestro lenguaje sea equiparable al que engendró la suave cadera de la Venus Calipigia, y no al que produce asentaderas tan monstruosas como las de la Venus Hotentote. Con este propósito, a la vez dietético, estético y lingüístico, he pergeñado las menguadas observaciones precedentes.

(1) Dos actitudes contrapuestas hay en lo que a él atañe: la «cosmopolita» o «racionalista», para la cual todo es traducible, y la «romántica» o «genialista», según la cual nada es *absolutamente* traducible de un idioma a otro. ¿Es posible conciliar esas dos tesis? Acerca del tema de la traducción, hallará el lector muy finas cosas en el ensayo de Ortega «Miseria y esplendor de la traducción», *Obras Completas*, V, páginas 429-448.